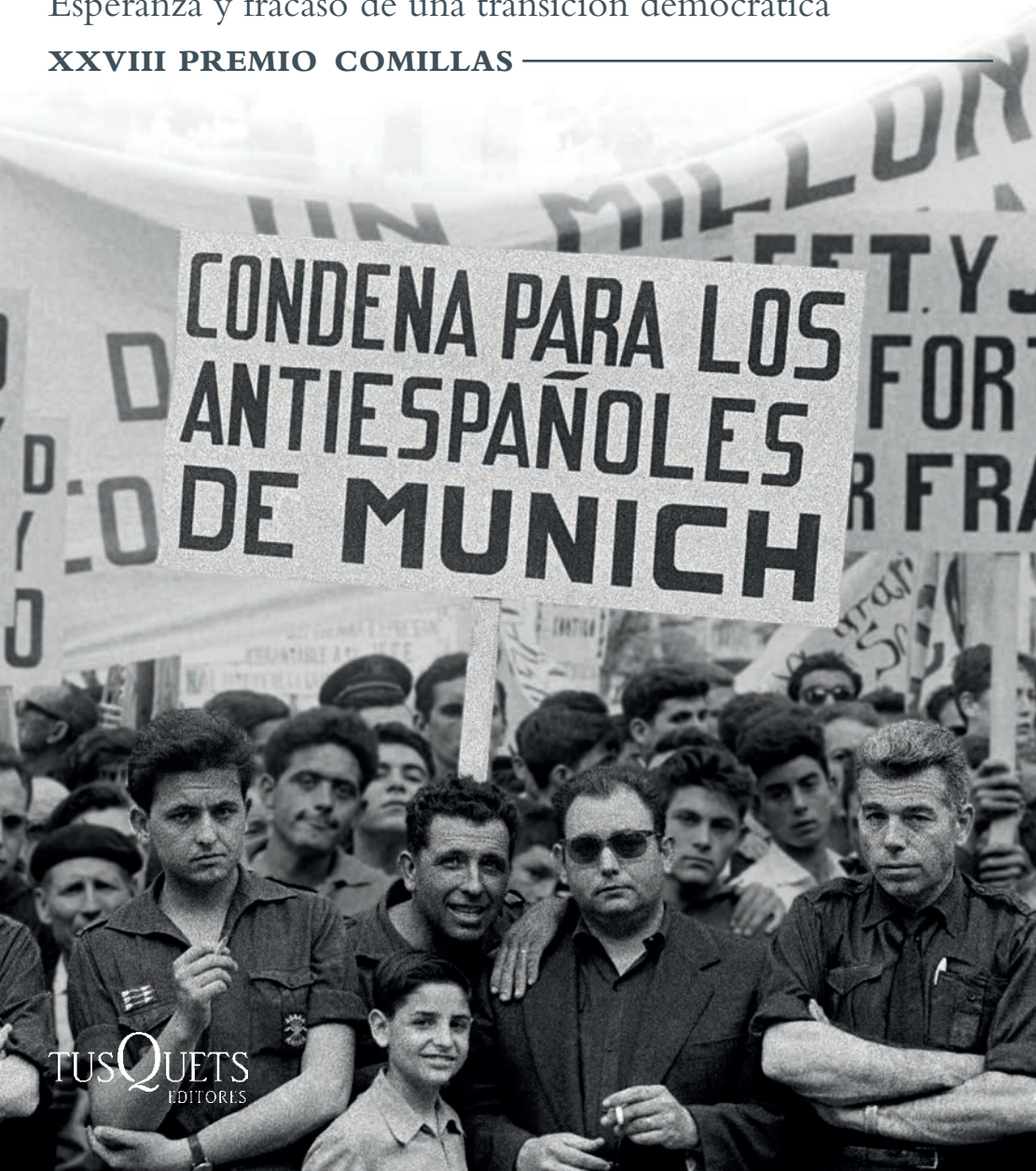


Jordi Amat

LA PRIMAVERA DE MÚNICH

Esperanza y fracaso de una transición democrática

XXVIII PREMIO COMILLAS



JORDI AMAT
LA PRIMAVERA DE MÚNICH
Esperanza y fracaso
de una transición democrática

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2016

© Jordi Amat Fusté, 2016

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-242-7
Depósito legal: B. 1.847-2016
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por Romanyà-Valls, S. A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Prólogo. Una historia olvidada.....	13
Primera parte. La red de Julián Gorkin	
El puño de Stalin	31
Tiempo sombrío	62
Alfil de la guerra fría.....	79
En busca de la España nueva.....	92
Segunda parte. Nuevos fundamentos	
Cruzando la tierra media	115
Saludos desde el exilio	148
Operación Congreso.....	166
Desactivar la máquina.....	186
Contubernio político	232
Tercera parte. La transición imposible	
La primavera de Múnich.....	259
Alternativa.....	279
Comité antifranquista	302
Reinventar el país	339
Si hoy fuera mañana.....	365
La decepción.....	386
Epílogo. Una tarde en Madrid.....	425

Apéndices	
Notas	437
Fuentes documentales	459
Índice onomástico	471
Créditos de las imágenes	479
<i>[Fotografías]</i>	331-338

El puño de Stalin

No le importaba tanto la derrota de la República de abril del 31 como el fracaso de la Revolución de julio del 36. No pensaba que uno de los factores causantes de la derrota de la democracia republicana había sido precisamente la utopía revolucionaria proletaria a la que él vivía entregado, prácticamente, desde que dejó la adolescencia. Pero a su derrota se sumaba también, en aquel contexto crítico, la de la democracia heredera de las viejas revoluciones liberales de matriz ilustrada. Porque el sistema democrático, tal y como se había generalizado, tampoco había dado con una respuesta a la gran cuestión de la modernidad: la de la incorporación de las masas al sistema. El pacto de convivencia, si había existido, se había volatilizado. El principio del fin había sido la primera guerra mundial, y la única alternativa planteada como vía de salida para las masas fue la Revolución de 1917, que encendió la mecha de tantas esperanzas por entonces y para muchos durante tantos años. Esperanzas como la suya. Esperanzas que desembocarían en un desierto de miseria, en un infierno de sangre. Pero la caída en ese abismo era el final de una de sus vidas.

Eso lo sabemos nosotros porque vinimos después y la reconstruimos desde otro tiempo que empieza ya a ser pasado. Pero para tratar de entenderlo sólo podemos intentar volver al origen.

Aunque cambió de identidad en varias ocasiones, el nombre real de Julián Gorkin era Julián Gómez García-Ribera. «Nació en plena huerta valenciana, en un molino convertido por su padre en taller de carpintero, en el primer año del siglo. Republicano en tiempos de Blasco Ibáñez, su padre habíase

refugiado allí acosado por los reaccionarios saguntinos. Niño aún, Gorkin hubo de abandonar la escuela para ayudar a su padre en la carpintería. En su juventud conoció otros trabajos: dependiente y viajante de comercio, fotograbador, ayudante en un restaurante...»¹ A los diecisiete años, según sus palabras, ya era secretario de la Juventud Socialista de Valencia y en 1921 participó en la creación del Partido Comunista de España, del que se convirtió en incansable propagandista usando el pseudónimo de Julián Gorkin (como homenaje a Máximo Gorki). Huyó de España para evitar un proceso militar y se exilió en París, dedicándose durante ocho años al proselitismo revolucionario como funcionario clandestino de la Komintern.

Ésa, en cualquier caso, fue la versión que al cabo de casi medio siglo elaboró en sus memorias, *El revolucionario profesional*, centradas en el relato de aquel periodo. Aunque en la solapa de *La muerte en las manos* afirmó que durante sus años como clandestino comunista visitó en más de una ocasión la Unión Soviética, en las memorias solamente relata una: su viaje a Moscú en 1925 para asistir a un comité ejecutivo de la Internacional Comunista. Por entonces aún no se había cumplido el año de la muerte de Lenin y Stalin ya era el máximo dirigente de la Unión Soviética. Tampoco se habían cumplido dos años del golpe de Estado militar del general Primo de Rivera, que tuvo como consecuencia la implantación en España de una dictadura militar avalada por el rey Alfonso XIII. Y el comunista Gorkin estaba en Moscú, según contó muchísimo después, para tramitar un magnicidio: asesinar a Primo de Rivera.

La idea se había esbozado semanas antes en una reunión celebrada en París a petición del propio Gorkin. Tras otra crisis sufrida por la dirección del Partido Comunista español, se había optado por destinar a España a un miembro destacado del Partido Comunista francés para que se hiciese una composición de lugar de la situación que se había creado. El elegido fue Louis Sellier, que fue detenido al poco de llegar a Madrid. Su detención provocó una caída importante de cuadros comunistas españoles. Buscar una salida a esa situación fue lo que motivó la reunión, a la que, junto con tres delegados del Parti-

do Comunista español, asistieron personajes destacados del comunismo en Francia: el secretario general del partido Pierre Semard, el secretario general de las juventudes, un concejal parisiense y «August Klein» —uno de los sobrenombres (como Guralski) del veterano bolchevique Abraham Yakovlevich Heifetz—. Gorkin presentó un informe sobre la situación política en España —«recibida con expectación hacía apenas año y medio, la dictadura se había hecho profundamente impopular como expresión de las clases y castas reaccionarias del país»—, sus palabras fueron aprobadas, luego Klein le hizo unas preguntas sobre la personalidad de Primo de Rivera y al fin propuso un plan de actuación: «Hay que suprimir a Primo de Rivera. Estableced un plan de acción y sometédmelo cuanto antes» (Gorkin 1975, 119). A Gorkin le parecía una empresa imposible y pidió que fuese discutida en el comité ejecutivo de la Internacional que debería celebrarse meses más tarde.

Por eso Julián Gorkin estuvo en Moscú, en 1925, entre finales de marzo y principios del mes de abril. Pero a Moscú, durante días y según la versión de Gorkin, no acudió Klein. No volvería a hablarse de asesinar a Primo de Rivera. Y mejor no sacar el tema, le recomendó Pierre Semard. Mejor, siempre, el silencio. Ése fue el consejo que Gorkin iba recibiendo de unos y otros. Se estaba reestructurando el poder en el partido y lo mejor sería adaptarse a las nuevas coordenadas, que tenían la obediencia acrítica como conducta ejemplar. «Sigue mi consejo: cautela, mucha cautela», le dijo Semard a Gorkin (Gorkin 1975, 152). Sus conversaciones con Andreu Nin en el hotel Lux también actuarían como la semilla de una revelación. Aquel viaje a Moscú, cuando entrevió de lejos el puño de Stalin, que siempre le obsesionaría, acabó interpretándolo como el inicio de su crisis como militante. Pasó aún unos años ligado a la agitación pro soviética, con ramificaciones en el panorama literario español, como un peón más en el intento de consolidación de una novelística social; entre 1927 y 1928 su firma aparece en las páginas de la revista *Post-guerra* junto a las de intelectuales procedentes del obrerismo militante y publicistas como Joaquín Arderius, José Díaz Fernández o José Benegas (Ródenas 2004, 11).

La incubación de su disidencia se completó en 1929, cuando aún en París rompió públicamente con el comunismo, que no con la revolución proletaria. Desde entonces se convirtió en un antiestalinista activo. La plataforma que le permitió establecer relaciones con el mundo intelectual de izquierda fue, según sus palabras, la revista *Monde*, en cuya redacción habría trabajado. Por un tiempo vehiculó su tarea como agitador a través de la palabra: escribió teatro y narrativa, creó una agencia literaria, tradujo y editó a autores de izquierdas.

Volvió a España proclamada la Segunda República, episodio con el cual concluyen sus memorias (concretamente con la quema de conventos como preludio de la futura tragedia). Entre 1931 y 1933 Gorkin colaboró con la editorial Zeus (en la que publicó sus primeros libros) y pronto reanudó una militancia revolucionaria: estuvo entre los fundadores de la federación levantina del Bloc Obrer i Camperol (BOC), el partido antiestalinista en el que por entonces militaban Joaquín Maurín, Jordi Arquer, Jaume Miravittles o Enrique Adroher, «Gironella». Participó en mítines, dio conferencias (el 1 de febrero de 1934 sobre «Literatura proletària i literatura burgesa») y al poco formó parte de los creadores de la Alianza Obrera de Levante, una iniciativa del BOC que pretendió aglutinar a fuerzas obreristas para impulsar acciones revolucionarias y que tuvo su mayor influencia en los sucesos de octubre de 1934 (especialmente en Asturias). Pero fue precisamente el fracaso de ese intento revolucionario y el inicio de un consiguiente proceso contra su partido lo que llevó de nuevo a Gorkin al exilio. Navegando sobre la ola de la radicalización política, regresó para participar en la creación del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), instalándose a partir de entonces, tras haber vivido un breve periodo en Valencia, en Barcelona, desde donde dirigió *La Batalla*, el diario del partido.

Al POUM, liderado por Andreu Nin, se sumó el núcleo dirigente del BOC y Gorkin con ellos. A principios de 1936 el partido ratificó su integración en el «Comité Internacional de los Partidos Socialistas y Comunistas independientes residente en Londres» (*La Vanguardia*, 11 de enero de 1936), una asocia-

ción también conocida como el Buró de Londres (más adelante, Centro Marxista Revolucionario Internacional) que marcaba distancias tanto de la Tercera Internacional como de los partidos socialdemócratas. Al Buró de Londres estaban o estarían vinculados partidos minoritarios como, entre otros, el norteamericano Independent Communist Labor League, de Jay Lovestone y Bertram Wolfe, o el Parti Socialiste Ouvrier et Pay-san, de Maurice Pivert y Michel Collinet, todos ellos personajes que habían roto con los partidos comunistas de sus respectivos países y que formaron la base de la resistente red de Gorkin.

Su amistad con Lovestone, que se dedicaba al combate político con la clase obrera desde inicios de la segunda década del siglo (fue fundador de la Internacional Comunista y, como Gorkin, rompió con el partido en 1929), es lo que hacia 1952 le permitió incorporarse al Congreso por la Libertad de la Cultura. Pero para llegar a la guerra fría aún debían sufrirse dos guerras trágicas.

En enero de 1936, a pesar de su antiestalinismo, el POUM se sumó a la plataforma electoral republicana y obrerista que aplicaba la estrategia de los frentes populares que Stalin propuso durante el séptimo congreso de la Tercera Internacional, celebrado el verano de 1935, para combatir el ascenso del fascismo; la integración en el Frente Popular, en especial durante la guerra civil, sería públicamente criticada por Liev Trotski. Al producirse la insurrección contra el legítimo Gobierno republicano, la reacción de Gorkin fue clara: tratar de armar al pueblo para iniciar la revolución proletaria. No podía repetirse el error de octubre de 1934, dijo el 6 de septiembre en un mitin, no podía dejarse a la burguesía otra vez el control de la situación porque eso implicaría la derrota. La noche del 18 de julio, dijo, él acudió a centros oficiales pidiendo armas, ya que las estaban esperando sus militantes en una sede del partido. No se las dieron. «Camaradas y amigos», proclamó en el mitin, «afortunadamente ni nuestro partido, ni la Confederación Nacional del Trabajo, ni ninguna otra organización proletaria con responsabilidad de clase, siguió aquellos absurdos consejos que la pequeña burguesía timorata nos daba en la noche que podía

ser decisiva para la revolución en España y en Cataluña. Aquella misma noche sacamos de donde las teníamos guardadas las armas que nos habíamos podido proporcionar poco a poco; armamos en nuestro local central a nuestros militantes» (Gorkin 1936). En la retaguardia se iniciaba un periodo revolucionario, el Gobierno perdía el control del orden público y la convivencia se convertía en un caos. El *president* de la Generalitat, Lluís Companys, desbordado por las circunstancias, trató de encauzar la situación proponiendo el 21 de julio la creación del Comitè de Milícies Antifeixistes a las fuerzas obreras que controlaban las calles. El grupo dominante en el Comitè era el anarcosindicalista, pero el POUM estaba representado con dos miembros: Josep Rovira y Julián Gorkin, que definió el comité como «el auténtico gobierno revolucionario catalán». Seguramente fue el cargo político de mayor responsabilidad que ostentó a lo largo de su vida. Tenía treinta y cinco años.

No fue el único cargo relevante que ocupó por entonces. Cuando medio mundo contemplaba el desarrollo de la guerra y la revolución en España, Gorkin era el secretario internacional del POUM. Viaja por varios países europeos, donde (según sus recuerdos) mantuvo reveladoras conversaciones, como la que tuvo en Bruselas con Victor Serge, un personaje clave en la prehistoria de la historia que pretende contar este libro. «Viejo bolchevique dispéptico de ánimo vivo, Victor Serge fue antaño miembro de la Komintern, pero fue expulsado del Partido Comunista en la época en la que Stalin rompió con Trotski» (Fry 2015, 197). Uno más. Por aquellos días de la guerra civil española, Serge acaba de huir de la Unión Soviética. A Gorkin le profetizó que si Stalin perseguía hasta la muerte a quienes consideraba disidentes en su país, tampoco dejaría de hacerlo en un país como España, donde su apoyo era cada vez más necesario. Lo mismo le anunció a Nin, cuando Serge, ya en París, ejercía de representante del POUM en la capital francesa. Ésta fue la historia que mucho después Gorkin rememoró en *El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andrés Nin*, pu-

blicado en 1974. Gorkin viaja y es el encargado de acoger a los miembros de los partidos encuadrados en el Centro Marxista Revolucionario Internacional. Serán esos partidos los que mayor apoyo darán al POUM durante el conflicto, como Gorkin mismo reconocía ya en 1939 y otra vez en el exilio: «Los únicos que se encontraban abiertamente a nuestro lado eran los partidos marxistas independientes, pero éstos constituían por doquier una minoría» (Gorkin 1939).

Ése es el momento de la fotografía en un restaurante de Barcelona en la que aparecen, entre otros, Nin, Pivert, Gorkin y George Orwell, militante del Independent Labour Party (ILP, el partido británico que controlaba el secretariado del Centro Marxista Revolucionario Internacional, motivo por el cual era conocido también como Buró de Londres) que había viajado a España para combatir enrolado en un batallón de militantes del POUM. Es el momento en el que en un congreso del ILP un tal Johan Matteo sostuvo que el POUM era el único partido que defendía la revolución en España y por ello lo atacaba el estalinismo. Por entonces, en marzo de 1937, Bertram Wolfe viajó a España. Las redes comunistas no tardaron en comunicarlo. Lo habían visto en el barco: «Teniendo en cuenta la posible importancia de la visita, creemos que tendría que notificar inmediatamente a nuestros camaradas en España que lo vigilaran y tomaran las medidas adecuadas».* Lo más probable, dijo el informante de la Komintern en un comunicado confidencial, era que Wolfe —amigo de Diego Rivera, «el anfitrión de Trotski en México»— mantuviera contactos con trotskistas españoles y miembros del POUM (Klerh y otros 1995, 154 y 155).

Y es que Stalin —el único líder político que estaba apoyando la causa de la República— había puesto en su ojo de mira a aquel pequeño partido, acusándolo del peor de los pecados posibles: desviacionismo trotskista y, consecuentemente, quintacolumnismo al servicio de la causa fascista. Aunque al cabo de pocos meses del inicio de la guerra el peso político del POUM

* Traducimos al castellano los fragmentos extraídos de libros, publicaciones periódicas y documentos inéditos escritos originalmente en inglés o francés. (*N. del E.*)

había ido disminuyendo en la medida en que se intentaba frenar el proceso revolucionario, la beligerancia discursiva del Gorkin de aquel momento era muy alta y en sus intervenciones públicas no dudaba en atacar al estalinismo, denunciando, como haría ya siempre, la perversidad de la estrategia frentepopulista. La purga dentro del campo de la izquierda orquestada por Stalin fue uno de los argumentos que formaron parte de la complejísima trama que desembocó en los *Fets de Maig*. Una de las consecuencias de aquellos enfrentamientos violentos por las calles de Barcelona fue la pérdida absoluta de relevancia del POUM en la política nacional, una desaparición política (fue ilegalizado a mediados de junio) que inmediatamente tuvo su correlato en la persecución pura y dura de sus principales líderes. Andreu Nin fue arrestado por el espionaje soviético, que lo liquidó, y buena parte del comité directivo del partido fue encarcelado. Gorkin también. «Por orden expresa de Stalin, en junio de 1937 lo detiene la policía secreta de la Unión Soviética (la GPU), junto con sus compañeros, y es paseado de calabozo en calabozo durante diecisiete meses. La noticia de su ejecución fue publicada dos veces.»²

El proceso contra los militantes del POUM fue difundido por los partidos de la izquierda no marxista, de modo que Gorkin y sus compañeros, incrustados en el centro de la red de relaciones entre militantes de partidos revolucionarios opuestos y perseguidos por la Tercera Internacional, se convirtieron en mártires de aquella causa; su nombre aparece por entonces, por ejemplo, en *Workers Age*, la revista de agitación política del Independent Communist Labor League, y Bertram Wolfe —principal ideólogo de aquel partido socialista revolucionario— redacta por entonces el folleto *Civil War in Spain* en defensa del POUM, o se organizan actos en Estados Unidos mostrando la solidaridad de ese partido al que Stalin estaba aplicando los mismos métodos cainitas de los Procesos de Moscú. Pero de poco sirvió aquella campaña. Tal vez para crear un mito o poner sus bases, pero, en aquel momento de máxima urgencia, apenas sirvió. En cambio la campaña propagandística en su contra no cesaba. Los ataques contra el POUM aparecían en prensa y tu-

vieron su mejor manufactura con *Espionaje en España*, firmado por Max Rieger y difundido antes del juicio contra la cúpula dirigente del partido. Aquel libelo es, al decir de Pelai Pagès, «una muestra perfecta del funcionamiento de la propaganda estalinista: la mezcolanza de informes oficiales, propaganda política, artículos de prensa, declaraciones de imputados, falacias mil inventadas, ofrece una especie de colaje cuya pretensión es la de convertir en creíble una de las mayores falsedades que se construyeron durante la guerra civil» (Pagès 2007, 41). Todo se había montado para convencer a la opinión pública de que el POUM actuaba en la retaguardia como una quinta columna fascista. El aval a aquel infundio de autor dudoso fue el escritor más activo entre las redes de intelectuales comprometidos con la salvación de la República: José Bergamín. Nadie olvidaría aquel prólogo, que, como un bumerán, retornaría al centro tenso de la vida intelectual española. Pero aquel futuro estaba por escribir y lo que ocurriría durante el otoño de 1938 era el juicio contra los dirigentes del POUM, cuya sentencia de muerte no era descartable. Al fin, gracias a varios testimonios cualificados —como el del nacionalista vasco Manuel de Irujo, que había sido ministro sin cartera hasta los *Fets de Maig*—, fueron condenados a penas de cárcel, pero no por lo inventado por la propaganda estalinista sino por su papel en los acontecimientos de mayo, ya que habían intentado aprovecharse del caos para instaurar la revolución. Siguieron encarcelados durante unos meses más.

En plena desbandada de la retaguardia republicana, cuando las tropas de la insurrección franquista estaban a punto de llegar a Barcelona, el comité ejecutivo del POUM, que había estado encarcelado en la Modelo de Barcelona, logró escapar y cruzar la frontera junto a miles de exiliados. Su acogida en Francia fue organizada por el Parti Socialiste Ouvrier et Paysan (PSOP) y la noticia se propagó entre su red internacional. «Los líderes del POUM encarcelados en Barcelona, entre ellos Julián Gorkin, Bonet, Andrade, Gironella y Solano, el joven líder, han conse-

guido llegar a Francia sanos y salvos. Fenner Brockway, del ILP británico, se encontró con Gorkin en París y recibió un informe completo de la situación» (*Workers Age*, 8 de marzo de 1939). La primera reunión celebrada para determinar la situación del partido, recordaría Solano, se celebró un día de febrero de 1939 en París en el piso de Victor Serge.

La situación del POUM no podía ser más crítica: agonizaba en una fase de descomposición acelerada, el grueso de su exigua militancia estaba en una España donde la victoria franquista supondría su segura persecución y su dirección sufría múltiples tensiones internas (Gorkin, según un informador de Trotski, se alineaba con Enric Adroher, Gironella).³ Los reunidos en casa de Serge, aquel día y en otras ocasiones durante los primeros meses de 1939, trataron de extraer las primeras lecciones de la derrota. Sus reflexiones se reprodujeron en dos boletines titulados *La experiencia española* (Gorkin y otros 1939). Son textos colectivos, pero la voz dominante parece ser la de Gorkin. Fue allí donde Gorkin empezó a madurar una interpretación del porqué del fracaso de la revolución proletaria, responsabilizando en primer término al estalinismo. Era una carambola de la historia. Dicha tesis se ajustaría luego a los usos del pasado en tiempos de la guerra fría, situando el proceso contra el POUM, y por tanto a él mismo, como el paradigma del sabotaje comunista (un argumento que maduró durante años y que articularía de manera definitiva en el folleto *España, primer ensayo de democracia popular*, de 1961).

El punto de partida de este documento es sumamente interesante. Debían de plantearse, más que las causas de la derrota bélica, las causas del fracaso de Julio (usando una expresión reiterada en el folleto, es decir, el fracaso de la revolución proletaria que se puso en marcha con el inicio de la guerra en julio del 36), porque aquel fracaso, según su razonamiento, representaba el de todo el movimiento obrero internacional. «Crisis de derrota y de retroceso, que viene a demostrar la falta de confianza que tiene el proletariado en sí mismo y en sus organizaciones y que se traduce en un debilitamiento general de todos los grandes partidos. Luchas de tendencias en el

seno del PSOP y del ILP. Descomposición del trotskismo, que ha acabado por subdividirse en tres o cuatro tendencias distintas que se descuartizan entre sí. Reposición de todos los problemas teóricos y tácticos del movimiento obrero, como es el caso del derrotismo revolucionario, de la necesidad y de la disciplina de una nueva internacional, de la táctica a seguir en caso de guerra vis a vis de los países fascistas, de los llamados democráticos y de la URSS.» En el intento de repensar la estrategia que había que seguir, Gorkin podría haber tenido un papel relevante: la experiencia española debía actuar como el episodio histórico sobre cuya reflexión debería refundarse su esperanza. Porque en la revolución y en la guerra se concentraban todos los problemas pendientes de ser resueltos. «Hasta ella se llega y de ella se parte.» Había sido como una probeta de problemas. «Los problemas del poder, de las relaciones con la pequeña burguesía, de la actitud de las democracias, de los planes del fascismo, de la conducta de la URSS, de la necesidad de un partido y de una internacional revolucionaria, etcétera.» Un análisis claro de cada uno de sus puntos era necesario para que el movimiento obrero saliera reforzado de esa crisis. No parece que llevar a cabo ese análisis en los primeros meses del exilio y con la segunda guerra mundial al cabo de la calle fuera tarea plausible.

Pero allí, implícitamente, estaba planteado un reto de futuro capital: ¿cómo construir un movimiento socialista revolucionario después del socialismo autoritario impuesto por la Unión Soviética primero y, al fin, con el fracaso de la revolución española? En el París de la primavera de 1939 Gorkin reforzó contactos que serían claves en sus siguientes vidas políticas. La conexión entre Jay Lovestone y Gorkin se consolida entonces: lo prueba el número de *Workers Age* del 5 de abril del 39 (el número en el que se notificaba el fin de la guerra civil), donde se anunciaba la próxima publicación de una serie titulada «The Present Situation of Spain and Future Perspectives», escrita por Gorkin y Julián Andrade. Por aquellos días Lovestone viajaba a Europa para reunirse con figuras de los partidos revolucionarios que se oponían al comunismo. «Ha

mantenido buenas conversaciones con los camaradas que han salido de España», escribía por carta desde París a Nueva York el 18 de abril (Morgan 1999, 133). Naturalmente se refería a los miembros del POUM. Probablemente el principal motivo del viaje era asistir a la reunión del Frente Obrero Internacional que se celebró en París entre el 27 y el 29 de abril. Se decidió entonces refundar una organización de la que saldría el Centro Marxista Revolucionario Internacional, integrado por partidos y grupos marxistas revolucionarios independientes que compartirían cierta disciplina teórica y lucharían contra la guerra (Ker goat 1994, 161).

Al volver a Nueva York, Lovestone se refirió en varias ocasiones a esa reorganización encaminada a salvaguardar la esencia revolucionaria e internacionalista del marxismo. Lovestone lo expuso, por ejemplo, en la conferencia que dio en el hotel Center. «Puso mucho énfasis en la importancia de ambos movimientos [el Centro Marxista Revolucionario y el Frente Internacional de Trabajadores contra la Guerra] a la hora de conceder fuerza y dirección a la lucha mundial contra el fascismo y la guerra», según pudo leerse en *Workers Age* del 10 de junio. Había algo de endogamia en el funcionamiento de esos grupos integrados en el Centro. Porque en el mismo número se reprodujo el mensaje que el Centro Marxista dirigió a la Independent Labor League of America, cuyo secretario era el propio Lovestone. En ese texto, presentando la renovación del centro, se señalaba «*the tragic experience of the Spanish revolution*» como momento clave de la crisis del movimiento obrero.

Era la idea esbozada en el folleto *La experiencia española*, la misma que Gorkin desarrolló en la serie de tres artículos «Why the Defeat of the Spanish Revolution» que a partir del 24 de mayo de 1939 empezó a publicar en *Workers Age*. El primero de estos textos se inicia marcando distancias con Trotski, que tanto había criticado la actuación del POUM por haberse integrado en la candidatura del Frente Popular y por haber participado en el Gobierno de la Generalitat de los primeros meses de la guerra (Andreu Nin fue *conseller* de Justicia). Explicitando su respeto por la relevancia histórica del persona-

je, Gorkin era muy severo con el papel que Trotski representaba: «He llegado a la conclusión de que Trotski ya no tiene ningún papel que desempeñar en el movimiento obrero internacional». Establecido este punto, el artículo debía leerse como la defensa y justificación del papel desarrollado por su partido durante los años republicanos. La clave era el Frente Popular, que había desactivado el potencial de las Alianzas Obreras. Precisamente por ello Gorkin sostiene que el POUM trató de impedir la creación del Frente: «Gracias al Frente Popular, los republicanos burgueses, que casi habían desaparecido del horizonte político, han vuelto a conquistar el liderazgo de las masas. Nuestro partido ejerció un nuevo esfuerzo para evitarlo». El intento de establecer un frente obrero, planteado en noviembre de 1935 a los partidos socialista y comunista, fracasó. Fue esa negativa la que les llevó, según Gorkin, a incorporarse al Frente al cabo de dos meses, ya que presentándose en solitario podrían haber favorecido la victoria de los partidos de derechas. Pero el pacto sobre el que se fundaba el Frente, dando preponderancia a las políticas de los republicanos, anulaba la posibilidad de que una victoria iniciase un proceso revolucionario. En su lugar se propondría a la ciudadanía un programa reformista burgués. Fue «un crimen político». «Porque la acción del Gobierno republicano surgido de las elecciones de febrero de 1936 fue timorata y facilitó así los propósitos de la contrarrevolución mientras sólo el POUM seguía defendiendo la revolución socialista.» Pero el POUM era una fuerza menor. La fuerza mayoritaria, la del Partido Socialista de Largo Caballero —«entrenado en la escuela del oportunismo»—, bloquearía esa revolución para tratar de consolidar una democracia burguesa, clara demostración de una falta de decisión política que sería aprovechada por Stalin para canibalizar el grueso de la izquierda española.

El segundo artículo de la serie apareció en la siguiente entrega del semanario. En la misma página —la cuarta, la última— se incluía un texto de Wolfe sobre su amigo Diego Rivera —a quien había dedicado un libro— y se daba noticia de otra serie de artículos, en este caso escritos por el socialista Luis

Araquistáin y publicados en *The New York Times*, en los que denunciaba cómo la actividad estalinista en la España en guerra había terminado por debilitar la causa leal. En su artículo Gorkin, por su parte, explicaba las causas que habían desembocado en los *Fets de Maig*: insistía en la ingenuidad política de Largo Caballero, defendía su participación en el Gobierno de la Generalitat y hablaba de la progresiva voluntad estalinista de apartar de la gestión de la revolución al POUM, el único partido fiel a la revolución y la defensa del proletariado pero que al fin había sido eliminado. Era el fin de la revolución. Se sostenía que fue derrotado ante una más que poderosa combinación de fuerzas, nacionales e internacionales, determinadas a debelar la revolución. Aunque la serie la integraba otro artículo, no lo he sabido localizar. Pero el siguiente número de *Workers Age* explicaba de nuevo el estalinismo como el factor clave para comprender el fracaso de la revolución. En este caso eran las palabras del periodista Irving Pflaum —miembro del *staff* del *Chicago Times*— y un extracto de los artículos de Araquistáin en el *Times*.

Hay dos textos más de ese número del 10 de junio que vale la pena destacar. Uno era la crítica de Wolfe a *Adventures of a Young Man*, la reciente novela de Dos Passos que iniciaba una nueva trilogía tras la canónica *USA*. En *Workers Age* fue elogiada por su talento para describir la desintegración del Partido Comunista. En la historia, la guerra civil española era la clave de la mutación ideológica del protagonista. Llegó a España como brigadista y tras una juventud ligada a la radicalidad comunista, pero entre Franco y la persecución de la GPU perdió toda esperanza en la utopía soviética. Ligada a la angustia de Dos Passos por la desaparición de su amigo José Robles y a su ruptura con Hemingway por su opuesta vivencia e interpretación de la guerra civil, la novela le supondría condenas implacables por parte de la prensa comunista, porque representaba el inicio de una deriva ideológica que le llevó a defender posiciones claramente conservadoras que contrastaban con la narrativa comprometida que le había convertido en un clásico de la cultura norteamericana contemporánea. Pero era ese Dos Passos, traumatizado

por la guerra, el que escribió al cabo de tres lustros el prólogo a *La muerte en las manos*, de Gorkin.

Workers Age es una publicación utilísima para seguir los contactos entre Gorkin y Lovestone, tan determinantes para nuestra historia como para descubrir las redes que desde el campo de la agitación política se tramaban con círculos intelectuales comprometidos. Círculos a través de los cuales, al cabo de una década, Gorkin se profesionalizó. En el siguiente número, se reproducía en la primera página el manifiesto fundacional de una asociación de intelectuales: la League for Cultural Freedom and Socialism. Igual que la recién creada League for Cultural Freedom a secas (impulsada por el socialista democrático Sidney Hook), el editor de *Workers Age* consideraba que las dos, manifestando su carácter antitotalitario, representaban «una bienvenida señal del comienzo de un giro en la corriente entre los intelectuales». La primera de las dos, además de denunciar los fascismos que habían iniciado ya la segunda guerra mundial, señalaba la responsabilidad de la Unión Soviética. «Por otra parte, en la Unión Soviética, donde el nacionalismo y la dictadura personal están reemplazando los ideales revolucionarios de libertad y democracia, la cultura sufre una reglamentación y una degradación no menos severa.» Contra ese peligro se manifestaban y su planteamiento no dejaba de ser revolucionario. No estaban solos, decían, les apoyaban gente como André Breton o Diego Rivera y otros grupos que surgían en Inglaterra o Francia. Entre los firmantes del manifiesto estaban James Burnham, Melvin J. Lasky, Dwight Macdonald o Bertram D. Wolfe, que al cabo de diez años estuvieron en el núcleo duro del Congreso por la Libertad de la Cultura. El editor de *Workers Age* pretendía que una y otra estableciesen una colaboración armoniosa, colaboración que de algún modo, tiempo después y en otras coordenadas, se concretó en la creación del comité nacional norteamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura (del que formaría parte, entre otros, además de los que acabo de mencionar, el novelista Dos Passos).

Tras el inmediato final de la guerra civil española, la presencia de Gorkin en la revista de Lovestone fue habitual, pero

desde mediados de junio del 39, tras el pacto Hitler-Stalin de agosto y a medida que se acercaba el estallido de la segunda guerra mundial, apenas reaparecería su nombre (que sí consta en el saludo que el POUM mandó al partido hermano de Lovestone, agradeciendo de nuevo su complicidad durante la guerra civil y apoyando el programa revolucionario internacional que compartían). Pero a mediados de 1940, cuando, por cierto, Lovestone ya había sido interrogado en Washington por el Comité Especial de Actividades Antinorteamericanas, Gorkin volvió a la revista. Y lo hizo casi físicamente.

En marzo de 1940 Julián Gorkin llegó a Nueva York. Era la primera estación de un exilio que al cabo de pocas semanas le llevaría a México, donde vivió ocho años. Es probable que Gorkin recalase en la ciudad gracias a las gestiones realizadas por el círculo de Lovestone.⁴ La International Relief Association, cuya sección americana había sido creada por el mismo Lovestone, había impulsado la Comisión Internacional para la Ayuda a los Refugiados Españoles, que, en parte, trató de paliar la discriminación de trato que recibían exiliados de la izquierda no comunista. Entre sus patrocinadores figuran nombres que han aparecido y aparecerán en este capítulo: Lovestone y Wolfe, asimismo Pivert, pero también André Breton, Ignazio Silone o Frida Kahlo, quien, estando en París invitada por Breton, se comprometió activamente en la suerte de los exiliados como prueban los telegramas que cruzó con su marido Diego Rivera. Lo cierto, en cualquier caso, es que a las ocho de la tarde del 23 de marzo hubo una recepción en honor de Gorkin. El precio de la entrada fue de un dólar, el moderador era Bertram Wolfe e intervinieron, además de Gorkin, Lovestone, Louise Nelson, Norman Thomas, Charles S. Zimmerman y Carlo Tresca. El acto se celebró en el Rivera Murals Hall, en el número 131 de la calle 33 Oeste.

Gorkin no debió de pasar más de uno o dos meses en Estados Unidos. A principios de abril estuvo en Washington, donde fue escuchado en distintos foros. Habló para los ejecu-

tivos del New Deal y para The North American Committee, rompiendo algunos tópicos difundidos por la propaganda estalinista. El 7 de abril intervino en la convención del Partido Socialista Norteamericano⁵ y sus palabras fueron reproducidas en *Workers Age*. Sostuvo que la derrota de la revolución española era la última de las vividas por la revolución proletaria. Y que, en las circunstancias presentes, la clase trabajadora, más que decantarse por uno de los dos bandos que se enfrentaban, debía «luchar por una paz socialista». Sólo así podría proseguirse en el único camino de la esperanza: «Tenemos que unir nuestra acción proletaria tanto a escala nacional como internacional. ¡Contra la guerra! ¡Por los Estados Unidos Socialistas del mundo!» (*Workers Age*, 27 de abril de 1940). Y en Estados Unidos dejó un largo artículo sobre la situación española para la revista de Lovestone. Se tituló «Franco Regime Faces Desperate Crisis Due to Unsolvable Contradictions» [El régimen de Franco afronta una crisis desesperada debido a insalvables contradicciones] (*Workers Age*, 20 de abril de 1940).

El texto comienza, otra vez, rememorando el capítulo que legitimaba su autoridad: la persecución del POUM durante la guerra por parte del estalinismo. Igual que había hecho en Moscú con referentes de la Revolución de 1917, en Barcelona Stalin había montado aquel proceso contra los referentes de la Revolución de 1936: la dirección del POUM. Lo había visto durante sus dieciocho meses de encarcelamiento. Stalin había acabado con los mejores luchadores por la libertad del proletariado. «Fuimos testigos de primerísima mano del terrible estrangulamiento de la revolución que nos atreveríamos a afirmar que estaba escribiendo una de las más gloriosas páginas en la historia del proletariado internacional.» Pero esa historia no había sido estrangulada del todo, porque durante su cautiverio habían sabido del apoyo de grupos de todo el mundo y era esa red revolucionaria —la que se articulaba en torno al Centro Marxista— la que aún trabajaba por la victoria.

El grueso del artículo era la descripción y análisis de la situación en España. Gorkin, optimista, creía que las contradicciones internas e internacionales de la dictadura franquista

creaban las condiciones objetivas para su caída. Se refería a la represión, a la persecución de la catalanidad y a la crisis dentro de Falange, toda vez que el nuevo Estado era, en realidad, una rehabilitación de la España Negra del antiguo régimen con el agravante de la miseria. Ni las masas —la clase obrera y campesina— ni la pequeña burguesía podrían aguantar esa situación. Y ésa era la principal esperanza para la causa de la libertad. «Este régimen absolutista y reaccionario posee una virtud y es que crea un abismo entre él mismo por una parte y las masas de trabajadores y campesinos por otra.» Esa idea del abismo sería esencial para Gorkin y es un símbolo recurrente en su olvidada novela *La muerte en las manos*. A esa contradicción interna debía sumarse la falta de apoyos internacionales sólidos, que impedían la reconstrucción de un país en ruinas. Ante esta situación, argumentaba un Gorkin cegado de esperanza infundada, la clase trabajadora podría reaccionar: «Sin ningún falso optimismo, basándome en el análisis más cuidadoso y realista, me atrevo a anunciar que la clase trabajadora española pronto volverá a dar batalla, junto con los trabajadores de otras tierras, y a escribir gloriosas páginas en los anales del socialismo revolucionario». Era cuestión de tiempo. Pronto se iniciaría un movimiento revolucionario como el de octubre del 34 o como el de julio del 36. Como ejemplo del optimismo de la voluntad, su corolario era modélico.

El día en que se publicó aquel artículo en Nueva York, Gorkin escribió una carta a Lovestone. Había llegado a México y trataría de poner en marcha su renovado activismo político en complicidad con sus contactos americanos. Era el 20 de abril de 1940 (Glondys 2012, 33). Al cabo de un mes, Gorkin escribía de nuevo y detallaba, tras una conversación con el líder socialista Indalecio Prieto, cómo los comunistas se habían infiltrado en el aparato estatal y social del país (Glondys 2010, 38). Aunque en tantas ocasiones parece que Gorkin estuviese poseído por una mentalidad conspiratoria, resulta difícil, a posteriori, no darle la razón. Porque el mejor ejemplo de la infil-

tración comunista en México pronto iba a manifestarse de manera trágica.

A principios de abril, mientras Gorkin estaba en Washington, un tal Robert Sheldon Harte empezó a trabajar como secretario de Liev Trotski en la casa de Coyoacán. Hacía algo más de tres años que el Hombre Viejo vivía exiliado en México, acosado por Stalin en su país, en el extranjero y habiendo padecido el dolor de saber que varias personas de su familia habían sido asesinadas por su relación de parentesco. Desde México no había parado de escribir, ni de sufrir los ataques de los partidos comunistas. Sentía peligrar su vida y extremaba las medidas de seguridad. Parecía que se podía confiar en Sheldon. Aunque militaba en los círculos trotskistas de Nueva York, Sheldon en realidad era un agente soviético comprometido en el intento de matar al único enemigo que Stalin creía que le podía hacer sombra.

La noche del 23 al 24 de mayo, Sheldon fue el encargado de abrir las puertas de la casa al comando que dirigía el muralista David Alfaro Siqueiros. Durante un tiempo que se alargó entre tres y cinco minutos dispararon un mínimo de doscientos tiros, setenta y tres en la habitación donde Trotski dormía con su mujer, y antes de huir lanzaron bombas incendiarias contra la casa. De forma incomprensible, no consiguieron lo que pretendían. La pareja se había escondido bajo la cama. El responsable de la investigación del crimen fallido fue el comandante Leandro Sánchez Salazar, que no sabía explicarse el fracaso del atentado y, de hecho, la prensa comunista fantaseó con la posibilidad de que el propio Trotski hubiese montado un falso atentado.

Pero matarlo era tan sólo cuestión de tiempo. Cuatro días después de la tentativa de homicidio, en el patio de su casa, Liev Trotski vio por primera vez a Frank Jacson, un ingeniero canadiense (según su visado de turista) que era el novio de la trotskista de Nueva York Sylvia Ageloff. Igual que Sheldon, Jacson ocultaba sus propósitos: había seducido a Ageloff para infiltrarse en los círculos trotskistas. Tan exitoso había sido su empeño que incluso logró entrar en la casa de la calle Viena

donde vivía el hombre al que no había tocado ni una sola de las doscientas balas que habían disparado contra él. Tras el fracaso de Siqueiros, Nahum Eitingon —uno de los agentes cuya misión era dirigir el asesinato— propuso una alternativa: usar uno de los infiltrados para que, solo, lo liquidase. La propuesta llegó a la mesa de Stalin. En una reunión con Beria y Sudoplátov se dio el sí al nuevo plan. «La eliminación de Trotski significará el colapso total de todo el movimiento trotskista, y no necesitaremos gastar más dinero combatiendo a los trotskistas y sus intentos de minar nuestra Komintern», afirmó Stalin (Puigventós 2015, 322). Cuando Eitingon recibió la confirmación, se reunió con la exiliada comunista Caridad Mercader y los dos presionaron al hijo de Caridad para que se ofreciese para cometer el asesinato ideológico. El hijo de Caridad se llamaba Ramón, pero desde hacía años vivía con una identidad falsa: Frank Jacson. Él era el elegido.

El 10 de agosto de 1940 Jacson y Ageloff fueron invitados por primera vez por Trotski para tomar el té en su casa. Aquel día Jacson se comprometió a escribir un texto político y al cabo de una semana volvió a la casa con una primera versión del texto. El 20 de agosto Jacson se encerró con Trotski en su despacho para comentar el artículo. El Viejo Hombre, como era conocido entre sus seguidores, se sentó ante su mesa de trabajo para leerlo y, al poco de pasar la mirada por las páginas del original, «Tercer Campo y Frente Popular», recibió un impacto fatal en el cráneo. Jacson-Mercader, por la espalda, con toda su alma, le había dado un golpe con un piolet. A las siete de la tarde del día 21 moría Liev Trotski. En el mismo hospital, recuperándose de las heridas provocadas en el forcejeo, Frank Jacson estaba detenido. Eitingon y Caridad Mercader, sin hacer ruido, salieron de México y al cabo de unas semanas llegaban a Moscú. Igual que había sucedido tres meses antes, el responsable de la investigación sería Sánchez Salazar. Al cabo de ocho años publicó *Ainsi fut assassiné Trotsky*. Era el coautor del libro. Lo escribió con Julián Gorkin.

No es fácil saber cómo impactó íntimamente en Gorkin el asesinato de Trotski, ejecutado por militantes comunistas. Con

Marceau Pivert, que había llegado a México el 24 de julio y que convivía con Gorkin en casa de Diego Rivera, redactaron una nota en nombre del Centro Marxista Internacional y el Frente Internacional condenando el atentado. No era momento de recordar las discrepancias que habían mantenido. Stalin había liquidado a un héroe de la Revolución de Octubre. Era otra demostración, una más, de cómo estaba pervirtiendo la causa revolucionaria. Era hora de reaccionar. «Tras el asesinato de Liev Trotski, la revuelta de las conciencias libres, hartas de los crímenes estalinistas, tiene que reflejarse en un poderoso movimiento de un frente unido internacional que restablezca los valores humanos del socialismo» (*Workers Age*, 31 de agosto). Gorkin había estado en lo cierto. Tal y como había contado a Lovestone al poco de llegar, la infiltración comunista en México era evidente y él podía ser una víctima. Durante sus primeros días en el país vivió un primer intento de agresión, cuando aún residía en la casa de Diego Rivera (la que compartiría por un tiempo con un Pivert que pronto se cansaría de él por «*égoictriste et irresponsable*») (Kergoat 1994, 181). En otra ocasión recibió un mensaje de Albert Goldman, el abogado de la mujer de Trotski, citándolo. Era falso. Al cabo de dos días, en una calle poco concurrida, intentaron atraparlo para meterle en un automóvil desconocido. En noviembre asaltaron su casa dos veces en un mismo día. Gorkin se sentía perseguido. Porque, si lo cierto era que aquel país era el único que había aceptado a sus camaradas, también había acogido a sus principales enemigos.

Durante los primeros tiempos mexicanos, Gorkin hizo diversas gestiones para lograr que algunos camaradas escapasen de la Francia ya ocupada por el ejército nazi. Uno de ellos era Gironella. Tras pasar un tiempo en un campo de refugiados, al fin pudo embarcarse en dirección a Santo Domingo. El presidente Trujillo había aceptado la entrada de obreros y campesinos españoles, pero el barco que en principio los trasladaba, según recordaríamos Gironella, iba lleno de intelectuales. No pudieron desembarcar. «*Ens vam convertir en un barco fantasma navegant pel Carib esperant de trobar un port que ens acollís.*»⁶ Indalecio Prieto movió los hilos necesarios para que los refugiados

españoles se exiliaran en México. En noviembre de 1940 otro militante del POUM llegaba a México. Era Bartomeu Costa-Amic, un exiliado más. No era la primera ocasión en que estaba en el país.

Durante los primeros días de la guerra civil, en el verano de 1936, Costa y otros dos poumistas habían pasado allí unos días como integrantes de un fantasmal equipo de béisbol español. Su misión, en realidad, era política. Llevaban un mensaje de Andreu Nin dirigido al presidente Cárdenas solicitándole que Liev Trotski fuera acogido en México. Ese grupo participó en la organización de la llegada a México y en la vigilancia de su primera residencia, la casa de Kahlo y Rivera en la avenida Azul de Coyoacán. Se conservan, de hecho, varias fotos de aquel momento. Una la dedicó Trotski a Costa: «Para el camarada Bartomeu Costa-Amic con un saludo revolucionario». En otra fotografía aparecen Trotski y su mujer, Frida y su hermana, está Sylvia Ageloff y aquellos tres militantes del POUM. Era el mes de enero de 1937. Al cabo de tres años largos, cuando Costa volvió a México, esa imagen era imposible.

Entonces, junto con Gorkin y con el apoyo de unos pocos amigos, crearon Ediciones Libres. La dedicación de Costa al negocio de la edición y la impresión fue fundamental, porque permitió al grupo de revolucionarios contar con una plataforma para la difusión de sus ideas y el combate por sus posiciones. A través de esas plataformas se imprimiría la reflexión en marcha que el POUM se había autoimpuesto justo después de la guerra: una reflexión a fondo sobre las causas del colapso del proyecto revolucionario. Pero aquel empeño ideológico encaminado a la transformación de la sociedad tras el final de la segunda guerra mundial sufriría infinidad de problemas. Porque al poco la editorial debería soportar una manifestación en su contra, acusándola de ser nazi (Kergoat 1994, 191).

Los primeros libros que publicaron las efímeras Ediciones Libres, los dos en 1941, fueron *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, de Gorkin, y *Retrato de Stalin*, de Victor Serge, traducido del francés por el propio Gorkin. El libro de éste, cuyo prólogo está firmado en junio del 41, no había tenido una vida

fácil. Una primera versión, según sus palabras, la redactó en España y ese original, que estaba copiando a máquina la viuda de Andreu Nin, se extravió. Luego, en Francia, lo escribió de nuevo, pero al marchar a América no había podido llevarse el manuscrito. La versión que publicó era la tercera y la idea central del ensayo era que Hitler y Stalin alimentaban sus propios liderazgos devorando a los suyos como caníbales. Por ello lo dedicaba al «Ejército de Víctimas de la GPU y la Gestapo y a mis camaradas Andrés Nin y Kurt Landau en particular, soldados eternos en la lucha contra el estalinismo y el fascismo».

Parte del libro era autobiográfico y Gorkin narraba el episodio central de su vida: el encarcelamiento durante la guerra como miembro del POUM. En ese contexto se refería al libelo *Espionaje en España* y en especial a su prologuista, José Bergamín, que también estaba exiliado en México. «Este nombre era todo un símbolo. Bergamín había sido uno de los colaboradores y amigos íntimos de Jiménez [sic] Caballero, teórico del falangismo. En la otra zona hubiera sido un personaje oficial. En la nuestra se había hecho *comunista*» (1941, 257). El retrato de Bergamín es implacable, difamador, escrito con la retórica panfletista que, en el otro campo, también se usaría para calumniar: «flaco y larguirucho, como uno de esos productos salidos del convento donde han practicado todos los vicios inconfesables; rostro pálido y pegajoso, oliendo a cadaverina; perfil en punta, como una nariz como el pico de un pajarraco de mal agüero». Gorkin nunca le perdonaría aquel prólogo. Ni su encarcelamiento. Ni la justificación del asesinato de Nin. «Todo ello muy católico» (Gorkin 1941, 257). Para Gorkin, sin perdón.